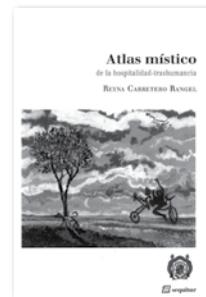


UN **ATLAS** PINTADO A LA ACUARELA: UN RECORRIDO **TRASHUMANTE** Y HOSPITALARIO POR LA **MÍSTICA**

Margarita León Vega*



[Reyna Carretero Rangel, *Atlas místico de la hospitalidad trashumancia*, Morelia/Madrid, Sequitur, 2013.]

La sugerente portada del libro de Reyna Carretero Rangel, basada en el cuadro “El viajero diurno” de Miguel Ángel López Medina, prominente artista plástico de Jalisco, donde un hombre viaja en bicicleta acompañado de su perro, deslumbrado por un cielo crepuscular y multicolor, “sicodélico”, nos da la idea de viaje, de movimiento, en contraste con el árbol solitario que fija su raíz en tierra y cuyas ramas se alzan para alcanzar la altura. No hay portada mejor que ésta para el *Atlas místico de la hospitalidad a la trashumancia*, coeditado por la Facultad Samuel Ramos de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo en Morelia y la editorial madrileña Sequitur.

En el “Prólogo” el Doctor Eduardo González Di Pierro, describe el libro como un cúmulo de autores y de obras que Reyna Carretero pone en diálogo alrededor del fenómeno y la experiencia de la hospitalidad y su íntima relación con la de la trashumancia, expresadas a través de una serie de representaciones de lo divino. En efecto, Di Pierro llama la atención del lector respecto de la actualidad, originalidad y multidisciplinariedad del trabajo de Carretero pues “Abreva de la fuente nutricia de la filosofía occiden-

tal como buena parte de su sustento teórico y conceptual”, amén de nutrirse de saberes y disciplinas diversas: la historia, la antropología —cultural y filosófica—, la filosofía, la religión, la filología, la estética, la ética, la filosofía de la religión, la filosofía del lenguaje.

Ya en el índice del *Atlas místico* se advierte el tema central que va guiando todos los capítulos y partes que lo componen. En la parte que llama “Preludio”, la autora aclara el propósito de su libro: reflexionar sobre “Una narrativa de la hospitalidad-trashumancia como teofanía de la imaginación creadora”:

Nos proponemos hablar de nuestro viaje trashumante en amalgama estrecha con el espacio hospitalario que posibilita seguir la travesía incesante, donde se configura la morada como oasis temporal; pues toda alma y todo cuerpo en tránsito requieren de un albergue, de un *ethos*, etimología original de habitación, como lo confirma el testimonio de Heráclito: “El *ethos*, la morada habitual, es para el hombre lo que desgarrar y divide” (p. 15).

Este segmento está conformado por tres partes: “Inspiraciones teóricas”, “Inmersión mística” e “Itinerario” dedicadas al concepto de teofánica de la hospitalidad-trashumancia, basándose en autores

* Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesora-Investigadora en el Centro de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

que nos hablan de los intentos de ruptura del sentido, propios de experiencias límite como sucede con quienes sobrevivieron a los horrores de los campos de concentración, tal es el caso de Emmanuel Levinás y su “metafísica de la otredad”, “del tiempo narrado” de Paul Ricoeur, o el de María Zambrano y su “experiencia de exilio y destierro”. Pero también de la mano de la imaginación creadora de místicos como el sufí Ib'n Arabi. Tal fragmentación de las coordenadas de sentido es, dice Carretero, en la actual trashumancia masiva, un panorama cotidiano. Y no sólo se refiere a las grandes corrientes migratorias humanas del mundo contemporáneo, sino a los desplazamientos en un mismo territorio. Se trata este ensayo, dice la autora, de “una narración sobre la reconfiguración del sentido”, esto es “la apropiación del relato teofánico” que nos lleve a contarnos ese “otro modo de ser” e integrarnos a esa teofanía permanente y en infinito movimiento.

“Inmersión mística”, el siguiente subcapítulo, está basado en la lectura de aquellos textos de la tradición musulmana desde un “ángulo alterno”, esto es, para mostrar que no hay tal separación cultural o civilizatoria, sino una continuidad estrecha entre la “filosofía profética” y la filosofía narrativa primordial contenida en la Biblia hebrea, en el Nuevo Testamento cristiano, así como en el libro sagrado del Islam. Por ello propone, abrir “el horizonte de la imaginación para encontrarnos frente a frente con el éxtasis embriagante de la narración embriagante”.

El subcapítulo “Itinerario” alude a las cuatro partes principales que forman el cuerpo del libro, descritas de manera puntual y abreviada y las cuales constituyen, como señala la autora “una peregrinación” donde “confluyen las voces pasadas y presentes de toda humanidad en una temporalidad cíclica infinita”, y que nos llama “al recuerdo de nuestro ser errante, ambulante y finalmente, existente” y donde la “hospitalidad-trashumancia” es fundamento ético ineludible.

La trashumancia que implica la experiencia de salida, cruce, búsqueda y retorno de una tierra a otra, en una suerte de “errancia sin fin” cuyo anhelo es básicamente llegar a alguna parte o quizá, nunca arribar a un sitio y nunca quedarse definitivamente, tiene una unidad de sentido fundamental en la cultura misma con la experiencia de la hospitalidad, pues la hospitalidad-trashumancia nos hace conscientes de que somos seres fronterizos, limítrofes, seres en movimiento, y que podemos transitar “por los caminos de la sorpresa y el descubrimiento, pero

también por los de la desventura, el extravío y la aflicción pues “somos —dice Greta Rivara Kamaji cuando habla de María Zambrano— ese ente que existe, que sale fuera de sí para construir su destino humano”. Esto es, su *metoikoi*: mudanza de casa, cambio de domicilio, traslado a otra forma de estar en sí, entendida como la muerte y título de la última metamorfosis (citada en la p. 17).

Entramos luego a la Primera parte propiamente dicha, titulada “Horizonte de Partida”, la cual nos anuncia desde dónde y con qué bagaje se inicia el tránsito del libro. Sus tres segmentos “Metáforas teofánicas de la hospitalidad-trashumancia”, “Narrativa de la Eternidad-Éxtasis”, “Hospitalidad-trashumancia” trazan las coordenadas de lo que se entiende por este complejo concepto, que retoma lo mismo de María Zambrano que de Emmanuel Levinás, y el cual ha preocupado y ocupado un espacio importante en el desarrollo académico de Reyna Carretero. Recordemos dos de sus trabajos anteriores: “El indigente trashumante”, publicado en 2009 dentro del volumen colectivo *Los rostros del Otro: Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad* y “Reconocimiento y hospitalidad” en el libro *Virtudes y sentimientos sociales para enfrentar el desconsuelo*, de 2012, ambos coordinados y editados por Emma León.

En todos estos trabajos la autora fundamenta sus ideas en una reflexión muy actual y necesaria sobre la sociedad en el siglo XX y lo que va del XXI, que por diversas causas ha derivado —señala— en una suerte de “disritmia cronotópica” y una pérdida del sentido, para lo cual se propone la construcción de una “teofanía de la hospitalidad trashumancia”. Tal teofanía puede verse como un *Atlas místico*, esto es, como una línea que intente unir los puntos de la cartografía humana “dispersa” que nos ha tocado en la vida contemporánea, para llegar a una Unidad de propósito: encontrar un nuevo sentido al mundo y a nuestras acciones, en medio de una situación de caos, dispersión y descreimiento.

La segunda estación o apartado II, “Geografía imaginaria de la Hospitalidad-Trashumancia”, contiene cuatro subcapítulos: “Viaje de la creación”, “Mundo imaginaria”, “Teofanía de la Dignidad-Sutilidad (Califa)”, “Hospitalidad absoluta”, “La súplica trágica por la hospitalidad”, “Estado de Excepción”. Sus títulos dejan entrever temas por demás interesantes que se derivan del concepto principal y que, suponemos, le ha dedicado la autora un buen tiempo de reflexión. Pues, ¿cómo es que Reyna Carretero ha llegado a concebir los temas de la trashumancia

y de la hospitalidad en relación con uno tan difícil como es el de la mística?, ¿y todavía más, cómo es que encuentra una conexión íntima entre todos ellos y el lenguaje? La respuesta es la misma, buscar un sentido entre el vacío en que ha terminado el discurso cotidiano, el discurso político establecido, el discurso académico instituido, los discursos éticos e ideológicos aceptados e inamovibles. Se trata de recuperar el valor de las palabras a través de la imaginación creadora, la cual, vía el discurso poético “desautomatiza” los pensamientos y las expresiones otorgándoles un nuevo rostro —diría Víctor Shlovsky—, o como señala Ricoeur, citado por la autora, produce “nuevas especies lógicas por asimilación predicativa”. Y es que, a través de la metáfora, “buscamos trascender los límites del pensar dado, de lo dicho, para abrir espacio al ‘decir’”, dice Carretero. Lo mismo sucede al resignificar las experiencias de la alteridad que nos guían hacia “la estación de la hospitalidad”, entendida como “Bien infinito”, esto es, “la profundidad de la responsabilidad y el nivel del compromiso a que nos conduce la hospitalidad”. Ello responde a una “filosofía profética” que es conducto y portavoz narrativo de y hacia lo “Invisible y de los Invisibles”, esto es, hacia la construcción de una virtual “geografía imaginaria”, la de la “Tierra celeste” que consiste en trazar los hilos temáticos de la hospitalidad-trashumancia para lograr un enfoque “fractal” de sus connotaciones. Sin duda estas y otras ideas del libro son complejas y habría que desmenuzarlas con todo cuidado. Es una tarea ardua y al mismo tiempo estimulante la que le propone Reyna Carretero a sus lectores.

En el apartado III, “Apertura y ascensión (*Futuwwah*)”, está dedicada al tema de la hospitalidad en algunos momentos claves de la experiencia humana, a través del discurso y las figuras de las tres grandes religiones monoteístas, el cristianismo, el judaísmo y el Islam, vistas como un *continuum teofánico*, junto con los héroes trágicos griegos y la vivencia mística de los profetas.

Los títulos de sus subcapítulos y sus contenidos son más que elocuentes: “El Atlas Místico: Abraham”, “Agar: Atleta trashumante”, “El Principio-desierto: Moisés y Jidr”, “María: El femenino del Fatah”, “San Pablo: el Fatah cristiano”, “La ascensión de Muhammad: Fatah del Islam”, “El Sol espiritual: Shams de Tabriz y Rumi”. En cada una de estas figuras ya teofánicas y proféticas, ya huérfanas e indigentes, ya extranjeras, errantes o visionarias, la autora considera que la experiencia de la trashu-

mancia y de la hospitalidad está condensada en el rol del “caballero espiritual (Al Fatah)” que ha configurado toda una cosmovisión derivada de la “caballería espiritual” (*Futuwwah*) donde el caballero es un siervo de Dios, destinado a servir a los demás. Así liga Carretero figuras de otras latitudes y tiempos como es el caso de *El Quijote de la Mancha* de Cervantes con tal cosmovisión, pues el protagonista lucha con enemigos imaginarios para alcanzar niveles de ejemplaridad. Y recordamos en este sentido que el verdadero místico, a diferencia de la imagen contemplativa, estática por “extática” que nos hemos forjado de la experiencia mística, es aquel que transforma radicalmente su ser y su vida cotidiana, actuando en favor de sus semejantes.

“Teofanía memorial como identidad narrativa” y “Califa”, conforman la IV parte del libro, “Estación de Arribo”, donde hace una reconsideración sobre los temas tratados para, como el nombre lo indica, llegar a una conclusión general y a otras derivadas, como parte de este viaje “con sentido” que la conducirá por otros derroteros intelectuales y personales. Se trata, nos dice Reyna Carretero, de integrar “los fundamentos de la identidad como epifanía que se abre a un horizonte de hospitalidad-trashumante, donde la identidad no sea más un acto solitario realizado por esa conciencia aislada sino, por el contrario, se convierta en la salida y apertura hacia el ‘rostro del Otro’” (p. 107). Un acto de hospitalidad y acogida que implica un cambio en la percepción de nuestra geografía cualitativa. Entre estos temas estaría el papel que juegan las teofanías en el imaginario religioso y no religioso, como un libro abierto a una constante reescritura, es decir, una recuperación de figuras teofánicas, pero apuntando a una nueva narrativa que nos libere de los mitos y de los falsos ídolos, que nos libere del olvido, pues hay que tener presente que nunca hemos dejado de ser entes trashumantes y hospitalarios, pero también, extranjeros y, como lo entiende Lévinás, “libres”.

Como todo Atlas, la obra de Carretero intenta fijar un amplísimo territorio geográfico, temporo-espacial y conceptual a través de grandes líneas y una suerte de gruesas pinceladas. No es éste un dibujo que siga la cuadrícula de quienes —sobre de ella— calculan geoméricamente la esfera terrestre y sus diversos territorios pues ¿cuál sería la línea que parte las dos mitades del globo, cuál la línea ecuatorial que lo cruza, cuáles los paralelos y los meridianos? Se trata de una pintura en acuarela que no obstante su imprecisión realista —hablando en términos pic-

tóricos– tiene una lógica y alcanza a darnos el dibujo diverso de la hospitalidad-trashumancia como un Todo, un Uno, desde diferentes experiencias y concepciones. De ahí también resulta coherente su relación con la “Mística”, entendida como una experiencia humana que –dice Juan Martín Velasco– necesita para existir como tal, aflorar a la conciencia, pero además debe entenderse bajo ciertas premisas interpretativas de acuerdo a una tradición religiosa y cultural específica. En este sentido, la autora se inclina más bien por un “esencialismo místico”, pero abierto a un “diálogo dialógico” que intenta “dejarse conocer por el otro, aprender del otro y abrirse a una posible fecundación mutua” para sacar la experiencia y su discurso del área confortable del solipsismo y la comunicabilidad entre los miembros de las distintas religiones (p. 48).

Es precisamente en la *autopiesis* (latinismo que significa “presión”) que ejerce la individualidad y la subjetividad sobre la representación objetiva del mundo pero también en la *poiesis*, es decir, en el proceso de creación, donde la autora encuentra una posible salida a la aparente contradicción u oposición que existe entre diferentes ámbitos culturales de cara a la experiencia de la hospitalidad-trashumancia y el discurso que la describe.

Contra la idea ortodoxa y occidentalista del Islam representada como una religión de la intolerancia hacia otras formas de búsqueda espiritual, los versos de los místicos sufíes, nos despojan de los velos del discurso reduccionista y nos descubren el verdadero propósito de la mística aquí y ahora, donde no importan las formas externas sino el camino del amor:

Mi corazón es capaz de todas las formas,
 es claustro para el monje, templo para los ídolos,
 y pasto para las gacelas; es la kaaba del devoto,
 las tablas de la Torá, y el Corán.
 el amor es mi creencia:
 sea cual sea la dirección que tomen sus camellos,
 el amor es siempre mi creencia y mi fe.

(Ibn ‘Arabi, en Schimmel, 2002: 289).

Reyna Carretero Rangel nos hace una amorosa invitación a explorar diferentes caminos en la reconstrucción del sentido en nuestro mundo contemporáneo, a un tiempo que Malika Arifa al Yerraji, nos recuerda con sus palabras y su práctica, el valor divino y sobre todo humano de la trashumancia-hospitalidad.

REFERENCIAS

- Carretero Rangel, R. (2009), “El indigente trashumante”, en E. León (ed.), *Los rostros del Otro: Reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*, Barcelona, Anthropos/Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Carretero Rangel, R. (2012), “Reconocimiento y hospitalidad”, en E. León (ed.), *Virtudes y sentimientos sociales para enfrentar el desconuelo*, Madrid, CRIM/Sequitur.
- Schimmel, A. (2002), *Las dimensiones místicas del Islam*, Madrid, Trotta.